

La razón, la verdad y la vida

Empezamos por examinar una solución incompleta. Así quedará más definida luego, nuestra tesis.

La razón vital, de Ortega

Ortega, ya hace años, pasó revista a las filosofías europeas y las halló todas antivitales. Unas por supra-rationales, y otras por infra-rationales. Ni con el racionalismo ni con el vitalismo se podía vivir. Y Ortega señala que para quien sepa leer en la Historia de la Filosofía la lección es clara: la salvación será la síntesis de la razón y de la vida. El raciovitalismo, o la razón vital. Ese es «el tema de nuestro tiempo».

Ortega rozó la verdad con estas ideas. Pero toda su carga intelectual y ambiental de historismo y racionalismo le impidió llegar a la conclusión limpia y auténtica.

Es necesaria la síntesis, el equilibrio —dice Ortega—. Ni racionalismos que ahogan la vida, ni vitalismos que suprimen la razón: *Razón y Vida*.

En el tiempo en que escribe Ortega —y que aún perdura— de reacción antiintelectualista, es la razón la que anda malparada. Ortega aboga por ella.

La razón es vital. La Vida necesita de la Razón, como necesita del páncreas o de las cápsulas suprarrenales. Como los islotes de Langerhans segregan insulina para la vida del individuo, así la razón segrega, (valga la palabra) la *creencia en la verdad objetiva*, más necesaria aún para la Vida del hombre. Nunca podremos *demonstrar* que existe esa Verdad objetiva y necesaria. Sólo sabemos que la vida necesita creer en ella. Creamos y vivamos.

Como se ve, esto no es una síntesis razón-vida. Es puro vitalismo. Existencialismo. Escepticismo. Ortega es hijo de su tiempo, y no ha logrado superarlo. Y es triste, porque tuvo la verdad en las manos.

También para nosotros la razón es vital. Es *para* vivir, para la vida del hombre. El hombre para vivir necesita de la verdad, y la razón se la procura. No inventándola, no «segregando» vitalmente

una fe en la verdad, sino *hallándola*, como el pulmón el aire o el ojo la luz.

El equilibrio razón-vida, como todos los equilibrios (1), sólo se da en la filosofía nacida a la sombra de la Iglesia. El hombre para ser hombre necesita de Dios.

El raciovitalismo de Ortega es puro vitalismo. Ortega desprecia la razón. Racionalmente es escéptico. Para vivir hemos de aceptar los productos de la razón como aceptamos los segregados del páncreas. Esa es su teoría. De la verdad no sabemos nada. Pero hemos de creer firmemente en ella para vivir.

Y Ortega no vió que con esta fe racional tampoco se puede vivir. La razón quiere luz y posesión, y no fe. Y mientras el hombre no posea una verdad racional, no poseerá la paz y la vida.

En resumen, para Ortega: 1.º *La razón es vital*. 2.º *No sabemos si es veraz* (2): no lo podremos saber nunca. No podemos saltar al otro lado de la barricada y examinar desde fuera el objeto en sí y la representación de nuestra mente para ver si coinciden, si nuestra mente es veraz. Y 3.º *Seguramente no es veraz*. No puede existir esa verdad objetiva, universal y necesaria en la que nos hace creer.

Pero en todo caso, es vital. Sin ella y sin sus verdades no podemos vivir. Así está hecho el hombre. No filosofemos más y vivamos.

Brevemente y en síntesis nuestra respuesta: la razón, tal como la presenta Ortega, *no es vital*.

La Vida necesita poseer la Verdad, no *creer* en ella. Quiere Luz, no Fe. ¿La razón no le da *esa* verdad? ¿La razón —como dice Ortega— no puede probar lo que acepta? Luego no es vital, no le da a la Vida lo que ella vitalmente necesita.

Ortega no ha logrado la síntesis Razón-vida.

La razón, para ser *vital*, ha de ser *veraz*.

El fracaso de los dos racionalismos (3) *es para nosotros el triunfo de la razón*

He aquí las dos posturas:

Para Ortega y, en general, para los relativistas: ha fracasado el racionalismo y el vitalismo. Ha fracasado la filosofía y *por tanto* la razón. Renunciemos a la verdad y vivamos.

Para nosotros, los filósofos cristianos: han fracasado los dos racionalismos, los dos extremos. Señal de que la verdad estriba sobre la piedra que se desechó, en la razón natural.

(1) Harnack llama al cristianismo «complexus oppositorum».

(2) Para simplificar damos a la palabra «veraz» el contenido de «apta para llegar a la verdad objetiva».

(3) Los dos: el positivo y el negativo; el que levanta la razón sobre todo y el que la derriba y anula. También este último, el vitalismo, es racionalista: desecha la razón y se entrega al escepticismo porque cree que no hay más razón que la racionalista.

Se ha venido identificando Filosofía y Racionalismo, y luego Racionalismo y Razón. Fracasado el racionalismo, fracasada la razón y la filosofía. ¿Y ahora, cómo llegar a la Verdad? Se intentó el camino arracional: Voluntarismos, vitalismos... Al fin, desesperanza total.

Pero es que la razón no es racionalismo, ni el racionalismo es la única filosofía. Se ha hundido el antípoda de la razón, su rival, que intentó suplantarla. Se intentó suprimir la razón, que es humana, por el racionalismo (= claridad total) que es divino. Fracasado el empeño, los hombres de buena voluntad tienen un argumento más para reconocer en la razón natural el instrumento eficaz para alcanzar la verdad. Este nos parece un raciocinio claro. *La razón natural es veraz, y por tanto, vital.*

Pero vengamos a una argumentación positiva. Tenemos en primer lugar un argumento a priori. Ortega llevaba una dirección acertada. Todo en el hombre funciona bien, glándulas endocrinas, pulmón..., ¿Iba a fallar sólo la razón? Todo en el hombre es vital, da lo que necesita la vida del hombre. Luego la razón es vital, luego es veraz, da la verdad al hombre para que viva. Es un argumento a priori; suasivo al menos, de congruencia. *La razón es veraz, porque es vital.*

Pero mucho más interesante es el argumento a posteriori y en él tendremos que detenernos un poco. Puede formularse así: *la razón es vital, porque es veraz.*

Es un hecho: la razón es veraz, *si razona humanamente.* Esta es la condición. Ha fracasado, ha errado, porque se la ha obligado a funcionar *more geométrico.*

I. EL ERROR: LA RAZON RACIONALISTA

Esta es la lección de nuestros días después del fracaso de tantos racionalismos y vitalismos. La razón no ha razonado humanamente y por esto no ha llegado a la Verdad. No fué veraz ni vital.

Descartes hizo de la razón y de la filosofía el fin del hombre. Su tesis era: *la razón le ha sido dada al hombre para filosofar.*

Desde entonces funcionó mal la razón. Y pudo escribir Balzac, con frase demasiado suave, que «las grandes incoherencias las han dicho los grandes ingenios». Y, al fin, cuando la razón llegó al colmo del absurdo en el sistema de Hegel, y no se podía vivir de tanto racionalismo inhumano, se tentó el camino opuesto.

Se destronó a la razón y se la guillotizó. Fué suprimida. El vitalismo clamaba que antes era el hombre y la vida que la filosofía; que la razón era enemiga de la vida.

El error estuvo en la segunda afirmación. Tampoco se podía vivir sin la razón.

Nuestra época es una época excepcional para la verdad. Los errores han caído. Y ahora basta abrir los ojos para descubrir la roca siempre enhiesta de la verdad.

Y la verdad hoy, como siempre, para el hombre, está «in medio» (4).

La razón no le ha sido dada al hombre para filosofar, sino para vivir.

Para vivir es necesaria al hombre la Verdad. Y la razón se encarga de buscarla y traérsela al hombre. No marra el camino. Su fin propio es éste: descubrir la Verdad.

Pero ya no es tan fin suyo filosofar. En esa tarea de supererogación hará lo que pueda. No se compromete el éxito. Y de hecho yerra a veces y llega otras a callejones sin salida, de discusiones estancadas.

La plena posesión de la Verdad no es de aquí abajo. La claridad total no es del hombre. Es de Dios.

Y con esto hemos llegado a la raíz del mal de la filosofía moderna. Esta raíz (y al decir esto no descubro ningún Mediterráneo) es el orgullo. O, con término más culto, el Humanismo. Ese humanismo falso cuyo lema ha sido durante cuatro siglos que «el hombre basta al hombre».

Descartes dió el primer gran paso hacia el racionalismo total, hacia la completa claridad, hacia el hombre nuevo: el Hombre-Razón.

Y, desde luego, antes que nada excluyó del nuevo reino al hombre natural. Las verdades de ese hombre no filósofo no contaban para Descartes, y la piqueta de su duda metódica las arrasó.

De este modo, todo el edificio sería obra íntegra del Hombre, sin nada «dado», sin postulados indemostrables, oscuros, irracionales.

La razón no pudo con tan enorme tarea. En cuatro siglos no ha podido levantar ese templo laico de la Verdad humana absoluta, totalmente demostrada en todas sus partes, sin sombra de dudas... La razón no estaba hecha para el racionalismo.

La reacción del Humanismo ha sido la desesperación. Es la psicología del orgullo: «O César o nada». Vitalismo, relativismo, existencialismo...

No obstante, para el hombre amante de la verdad, florece la esperanza. Es falso que no exista la verdad para el hombre, que sea imposible alcanzarla. Es imposible alcanzar esa verdad racionalista sobrehumana. Pero existe una verdad humana, racional. Clara, aunque no *demostrable* en muchos casos. Una verdad más humilde, Una verdad para hombres.

Es necesaria la humildad. La humildad, que es la verdad, nos fuerza a abandonar un trono que no nos corresponde, pero nos libra del abismo de la desesperanza total. Y, al fin con esta humildad, que es la verdad, se puede vivir...

(4) Los términos medios deben de ser humildes, pues tanto los rehuye el hombre. Es un tema digno de estudiarse.

II. LA VERDAD. LA RAZÓN NATURAL ES VERAZ (5).

Hemos llegado al meollo del problema. Acabamos de hablar de verdad humana, de humildad. Escepticismo —dirá alguno—, teoría de la resignación, del hecho puro; estamos todavía con Ortega.

No. Verdad humana no significa verdad oscura, ni la razón natural es un instinto ciego. Hay luz. No es la claridad total, pero es la claridad suficiente para la certeza humana.

Tendremos que ser concisos, pues de lo contrario se alargaría desmesuradamente este trabajo. Sin embargo el tema merece ser estudiado a fondo.

Voy a proponer un sencillo *test*. Les invito a leerse detenidamente durante un cuarto de hora, en cualquier Manual de Biología, algunas páginas sobre el ojo humano. Toda una teoría de filigranas, de maravillas, de teleologismo. Cerrado el libro, en el espíritu queda un convencimiento: Alguien lo ha hecho, un Inteligencia potentísima. Y la razón, al razonar de este modo, no se siente lanzada ciegamente al asentimiento, *ve*, acepta la verdad porque es luminosa.

Ya sé que innumerables filosofías explican científicamente (?) el hecho, con un evolucionismo ciego, de una materia más ciega todavía, y un acaso... Pero, si reflexionamos serenamente, sin prejuicios, reconoceremos que lo sencillo y lo luminoso estaba en la razón natural; y lo complicado y, a poco que se escarbe, lo absurdo, está en las filosofías.

Ha llegado la hora de convencerse, (aunque sea triste) que la filosofía moderna es casi enteramente un producto de mentes enfermas. El racionalismo es una enfermedad de la razón. Esos hombres no razonan bien, no pueden razonar bien. Algunos (digamos que los menos) no *quieren* razonar bien. Filosofan con *parti pris*; buscan, no la verdad, sino *su verdad*, la racionalista, la atea. Los otros, por educación y por ambiente racionalista, por desconocimiento de la filosofía cristiana, tienen la razón enferma. Y este es el motivo de que a nosotros (y con nosotros a todo el género humano) nos parezca la filosofía moderna una filosofía de locos (6). Respetamos a los hombres, respetamos el esfuerzo y el dolor de los que buscan ansiosamente la verdad sin encontrarla (porque la buscan racionalísticamente); pero reconozcamos que sus filosofías, objetivamente, son absurdas. El sistema kantiano, el evolucionismo idealista de Hegel, la evolución creadora de Bergson, la transcendencia en la

(5) Como indicamos, «veraz» = «capaz de llegar a la verdad objetiva y necesaria».

(6) ¿No se ha llegado a poner en tela de juicio el mismo principio de contradicción? ¿No se ha dicho que el *ser* es *hacerse*, que *ser* por tanto, es *no ser*? Y cerremos aquí la lista...

inmanencia de Husserl, el existencialismo de Heidegger..., tendrán, tienen, elementos acertados aisladamente; pero el conjunto, la idea madre es siempre un absurdo, una contradicción. Atrevámonos a mirar de frente y a decirlo todo. La filosofía moderna ha de nacer de nuevo, encender fuego nuevo, si quiere salir del círculo racionalista que la ahoga y esteriliza.

Nosotros, los filósofos cristianos, no nos creemos sin pecado; nuestro pecado ha sido no haber evangelizado suficientemente nuestra Luz. Pero quisiéramos reparar nuestro egoísmo anunciando a los hombres intelectuales de nuestros días la Verdad.

Importa rehabilitar y revalorizar la razón que tan mal parada ha salido de las manos racionalistas. Se viene creyendo que da la Verdad, sólo la filosofía; cuando lo cierto es que la filosofía (cualquiera) *no da la Verdad*, no da ese conjunto de verdades hondas y sobre todas vitales: existencia propia, validez del principio de contradicción, del de causa y efecto, duplicidad sujeto-objeto del conocer, existencia de Dios... (luego examinaremos el papel de la verdadera filosofía, que es importante aún). Esas verdades, la Verdad, son conquista y posesión de la razón natural, no de la filosofía.

Así tenía que ser. Ya se ha hecho notar (Balmes sobre todo) que la filosofía no puede *demostrarlo* todo, porque toda demostración supone una verdad anterior. Todas las filosofías modernas (que se precian de racionalistas) parten de un postulado.

Lo que importa notar sobre todo es que la razón natural al aceptar esas verdades no obra ciegamente, obra *con luz, con una luz clarísima*. Examínese cada uno, pruebe de convencerse que alguna cosa puede ser sin ser hecha...

El hombre de la calle no me sabrá dar razón de por qué está cierto de que una cosa no puede ser y no ser al mismo tiempo, pero esto no significa que obre por instinto.

Es un hecho que todas las verdades de la razón natural al examinarlas la filosofía imparcial, resultan sólidamente cimentadas en razones, que últimamente se reducen al principio de contradicción.

Es un hecho que estas razones no las veía *explícitamente* la razón natural cuando asentía.

Pero no me parece legítimo sacar como consecuencia que la razón obra instintivamente, como dice Balmes. Es una palabra desacertada en su teoría (7). Es más racional pensar que la razón obra con luz, que ve como *en bloque* las razones. La dificultad de explicitarlas se explicaría por toda la hechura del hombre, que es centrifuga, hacia el exterior y la acción; y por la poca práctica del hombre de la calle de autoexaminarse.

(7) Sólo la palabra; Balmes no es reidiano. El «instinto intelectual», no es ciego. «Dinamismo intelectual» fuera mejor término. Cfr. J. ROIG GIRONELLA: *El sentido íntimo de la Criteriología Balmesiana*, en PENSAMIENTO 4 (1948) 405-431.

Nótese que hablamos de *verdades-base*, de la Verdad. Y en esas verdades un hombre acostumbrado a reflexionar halla pronto las razones. Son sencillas. *La Verdad es sencilla* (a).

III. LA FILOSOFIA

La filosofía humana, la única filosofía posible y la única verdadera, es una síntesis de razón natural y razón filosófica. Un equilibrio. No anula la verdad natural, se basa en ella. Su obra es complementaria. Ella «explicita» los motivos de las verdades naturales. Y además tiene todo un campo de verdades de supererogación, verdades no tan vitales.

Hay dos concepciones de la filosofía. Una, la de Aristóteles; para quien el origen del filosofar es la admiración (*thaumázein*), el *porqué*.

Otra, la de San Agustín (que es la moderna). Según ella, el motivo y el anhelo de la filosofía es la felicidad (beatitas) que sólo puede conseguir el hombre poseyendo la verdad (*veritas*).

La concepción de Aristóteles es la de Santo Tomás y toda la escolástica. Es decir: así conciben la filosofía los que ya poseen la verdad (8). Pueden dedicarse a «admirar», a la Ciencia, los que ya poseen la felicidad, lo vital, la Sabiduría.

En cambio, la segunda concepción es la de los hombres que no poseen el Dios (que es Verdad) de la fe católica. El caso de San Agustín es todo un paradigma. En esos hombres la filosofía toma un cariz vital; su vida depende de su filosofía. Según el éxito de su pensar filosófico, ganarán o perderán la vida. Pero esos hombres se hallan solos. Por orgullo o por educación no creen más que en la filosofía. Y como la filosofía no puede dar esa Verdad-Felicidad (*Veritas-Beatitas*), acaban en escepticismo y en tragedia. San Agustín estuvo al borde de ella, pero supo renunciar al racionalismo y aceptar de Otro la Verdad que él, solo, no pudo conseguir.

Por esto en Santo Tomás, y en general en la Edad Media («plenitud de lo normal», en frase de un autor) la filosofía no tiene importancia. No está en la filosofía el problema. El problema está en tener o no tener fe. Y con razón: la vida no es tan problema ni tan trágica como quieren hacernos creer ciertas filosofías. Es problema y es tragedia para quien no posee a Dios, corriente. Pero Dios, la Verdad, no es esotérico, está patente a todos. Quiere darse a todos. Lo único necesario es la humildad del hombre y la valentía de preferir, en frase de Claudel, «su salvación a su orgullo».

(8) O creen poseerla: este sería el caso de Aristóteles. Sin duda que Aristóteles no poseía la verdad total, cristiana. Pero poseía la verdad de la razón natural (el pueblo griego era aún joven). No socavó los cimientos de la razón. Su filosofía no es vital, agustiniana. *Su vida no depende de su filosofía.*

(a) Cfr. BALMES, *El Criterio*, cap. XVI, §§ V-VIII.

Y ahora hemos llegado al fin. La razón filosófica razona estupendamente: 1.º cuando razona; supuestos los cimientos indemostrables, pero clarísimos y «mostrables», de las verdades de razón natural; y 2.º cuando esos razonamientos los hace a la luz y en la atmósfera de la fe católica. Esa es últimamente la que da un tono de equilibrio y seguridad a la filosofía perenne.

A la Verdad total, segura y beatificante, sólo se llega por la fe.

La filosofía cristiana, que es la única filosofía, edifica sobre el cimiento de la razón natural y a la luz de la fe.

El fin de la filosofía no es el *si*, si se da el hecho, si se da la verdad. Sino el *cómo*, el *porqué*. Si la filosofía no posee previamente la verdad, no avanza un paso, porque la primera cuestión que se le ofrece es la validez del instrumento, si la razón es apta para llegar a la verdad objetiva: ahí está detenida desde hace tres siglos la filosofía moderna. Si la posee (por la fe), entonces tiene luz y equilibrio para aceptar la razón natural y sus verdades como punto de partida y base de su labor de ahondamiento y de ampliación. La fe, allí en la meta, es una luz que le indica adónde tiene que llegar.

RESUMEN Y CONCLUSIONES

La razón natural es veraz y vital.

Reconozcamos que el hombre está creado ya y que funciona bien. No nos metamos a crear un nuevo hombre con una razón nueva y una verdad nueva, racionalista.

Sólo la razón natural es vital. Y sólo es vital la filosofía que sobre ella se asienta. Vital, por verdadera.

Alegrémonos. La Verdad es sencilla. Las verdades vitales son sencillas. No se necesitan largas filosofías para probarlas. Tenemos: 1.º la luz con que se nos presentan, *vemos* su verdad; 2.º A poco que se escarbe resulta que esta verdad se basa en el principio de contradicción: todo intento de negarla lleva al absurdo, porque niega este principio; y 3.º Tenemos el argumento, sencillo y fuerte, de las *verdades convergentes*. Es un modo corrientísimo de razonar de nuestro entendimiento: innumerables cosas (que tenemos ante los ojos) serían incomprensibles, si no se admite la verdad X; luego esta verdad existe. Así sé yo, por ejemplo, que existe Pekín (9).

Con esta doble sencilla argumentación el hecho está asegurado, el *si*.

Luego, la filosofía ya no es un problema. Es una ciencia que trata de ilustrar el *cómo*, la explicación total hasta donde se pueda.

J. PEGUEROLES, S. J.

Doctor en Filosofía.

Colegio Máximo de S. Francisco de Borja, San Cugat del Vallés (Barcelona).

(9) Cfr. NEWMAN: *The Grammar of assent*.